

[Otra edición en: *Historia 16*, n.º 154, 1989, 68-76. Versión digital por cortesía del editor (*Historia 16. Madrid*) y del autor, como parte de su *Obra Completa*, bajo su supervisión y con la paginación original.]

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los cristianos contra la milicia imperial. La objeción de conciencia en el cristianismo primitivo

José María Blázquez Martínez

[68→]

El fenómeno de jóvenes que se niegan a ir al servicio militar por razones de conciencia no es moderno. Ya se documenta en el cristianismo primitivo. Ahora bien, como observa E. Pucciarelli:

el término objetores de conciencia al servicio militar aplicado a la antigüedad es impropio, ya que tal concesión no podía admitirse en un mundo donde la mentalidad guerrera permeabilizaba la esfera religiosa y civil. La cultura pagana, sacralizando el poder y la autoridad humana, tendía a reprimir la autonomía de la conciencia individual.

En el Nuevo Testamento no se prohíbe el servicio militar en ningún sitio. San Juan, según el evangelista Lucas (3,14), cuando los soldados le preguntaban *¿y nosotros qué hemos de hacer?*, respondía: *No hagáis extorsiones a nadie, ni denunciéis falsamente. Contentaros con vuestra soldada.* Cristo (Luc. 7.9) alabó la fe del centurión de Cafarnaúm. Las *Actas de los Apóstoles* (10) relatan la conversión del centurión Cornelio, varón temeroso de Dios.

Clemente Romano, autor de una carta a los corintios, escrita en torno al año 96, hizo una gran alabanza de la disciplina militar. Es un elogio (37,1-3) acondicionado de la estructura militar. Difícilmente el autor de esta alabanza, que se plantea por vez primera dentro del cristianismo las relaciones entre Iglesia y Estado y es favorable a éste, podía oponerse al servicio militar, aunque Clemente considera sólo que la relación entre la obediencia cristiana y la militar son análogas.

El apologista Justino, que a mediados del siglo II abrió escuela de filosofía en Roma, insiste en la no violencia cristiana en su primera *Apología* (1-4). Por su parte, el famoso obispo de Lyon, Irineo, contemporáneo del anterior, en su escrito *Contra los Herejes* (4.34.4) recalca la acción pacificadora de Cristo, tanto a nivel personal como social, *ya que tiene el poder de destruir la guerra.*

Un tercer apologista cristiano, que escribió en este mismo siglo, el ateniense Atenágoras, sostiene (*Legt Christ.* 11.2) que los cristianos están educados en un clima de no violencia. En su escrito sobre *La resurrección de los muertos* (19,7) aparece esta frase: *El asesino, sea príncipe o tirano, que haya matado injustamente miles y miles de personas, no podrá pagar esta acción con una sola muerte*, donde condena claramente a los gobernantes, que ejecutan acciones armadas contra los pueblos. De todos estos textos se deduce que los mejores intelectuales, representantes del cristianismo del siglo II eran pacifistas, como lo fue la Iglesia antigua.

Clemente de Alejandría, que enseñó en la capital de Egipto entre los años 190 y 202, fecha de la persecución de Septimio Severo a los cristianos, vertió el mensaje cris-

tiano en las categorías de la cultura griega, considera en su *Proteccio* (10.100.4) que el servicio militar es una profesión como otras, por ejemplo, la de marinero.

Su testimonio avala la presencia de soldados cristianos en el ejército romano de su tiempo. Para el gran alejandrino lo importante es adecuar la profesión a las enseñanzas de Dios; por tanto, no desaprueba el servicio militar. Pero en el *Pedagogo* (3.11.59.2) se muestra pacifista al escribir: *no se debe colocar en los sellos figuras de ídolos, en los que está prohibido pensar, ni una espada, o arco, porque buscamos la paz.*

CRISTIANOS EN EL EJÉRCITO

El primer documento de que algunos cristianos eran objetores de conciencia al servicio militar es probablemente el testimonio de Celso, hacia el 175, (Orig. *Contra Celsum* 8.68; 73 y 75). Celso fue el más formidable e inteligente enemigo que tuvo el Cristianismo antiguo; todos los escritos de los Santos Padres se entienden mejor con el ataque de Celso como telón de fondo. Celso alude al absentismo de los cristianos en los deberes civiles y militares y al rechazo a la obediencia al emperador.

Generalmente se acepta por los historiadores que la prueba de la presencia de cristianos en el ejército romano durante el siglo II es el caso de la *Legio XII Fulminata*, que obtuvo de Dios con sus oraciones la lluvia, tan necesaria al ejército romano durante la Guerra Germánica, en el 174. Para los autores paganos, como el historiador Dión Casio, que vivió en época de los Severos (72.8.4), poco después de los sucesos que narra, el milagro de la lluvia se debió al mago egipcio Arasufis. Según otros autores, se debería a la intervención del mismo emperador Marco Aurelio. Una tradición cristiana, muy antigua, que remonta a Apollinar de Gerápolis, contemporáneo de la guerra, está recogida por el historiador de la [-68→69-] Iglesia del siglo IV, Eusebio (*HE.* 5.5,1) y también mencionada por Tertuliano en su *Apología* (5.6), obra de 197. Según esta versión los soldados cristianos de la *Legio XII Fulminata*, que procedía de Melitene, lograron con sus oraciones la lluvia. El apologista africano escribe que el propio emperador, en carta al Senado, reconoció el favor que habían prestado los cristianos.

El episodio de la lluvia está representado en la columna de Marco Aurelio en Roma. E. Gabba, después de examinar las fuentes, deduce que es una narración legendaria y que sólo demuestra una ulterior confirmación de la presencia de soldados cristianos a comienzos del siglo III, aunque sea imposible establecer estadísticas de su número.

Esto mismo se deduce del *Apologético* de Tertuliano (42.39) y de otro tratado suyo titulado *De corona* (1.5), obra escrita en torno al 211. Los hijos del emperador difunto regalaron un donativo en dinero a los soldados que se acercaran al campamento a recibirlo con una corona de laurel en la cabeza. Uno no llevaba nada.

Todos —escribe Tertuliano— le señalaron con el dedo, burlándose de él desde lejos. Cuando se acercó, le mostraron su indignación. El clamor llegó hasta la tribuna. El soldado salió de su fila. El tribuno preguntó inmediatamente: ¿Por qué te distingues de los demás soldados? No me está permitido, respondió, llevar la corona, como los otros; como el tribuno pidió que diera explicaciones, respondió: porque soy cristiano. Se examina su causa y se delibera; se instruye [-69→70-] el proceso, se lleva la causa al prefecto... Aguarda ahora en el calabozo el donativo de Cristo, enseguida se oyen juicios desfavorables sobre su proceder. ¿Proceden de los cristianos o de los paganos? No lo sé, en todo caso los paganos no hablarían de otro modo; se le califica de atolondrado, de temerario, de impaciente por morir; interrogado sobre su porte exterior, pone en peligro a los que llevan el nombre de cristianos.

Para Tertuliano, colocarse una corona sobre la cabeza era una costumbre pagana, relacionada con la idolatría, prohibida para el cristiano por ser irreconciliables la guerra y el servicio militar. Tertuliano relaciona el servicio militar con la idolatría. Como este tratado es de la época montanista ¹ del autor, que antes había aceptado el servicio militar, se puede deducir con E. Gabba que el antimilitarismo es de origen montanista, secta rigorista en la Iglesia.

En las cohortes pretorias, que servían en Roma al emperador, tan sólo cinco inscripciones, de las fechadas en el siglo III, son cristianas con seguridad.

Entre las *Actas de los mártires* anteriores a la persecución de Decio (249-251), ninguna pertenece a soldados cristianos. Sin embargo, se conoce el caso de Basíldes, un funcionario militar que en tiempos de Septimio Severo había conducido al suplicio a Potamiena; convertido, él mismo padeció el martirio, según narra Eusebio en su *Historia Eclesiástica* (6.5.5-6):

Y así fue el combate que libró esta joven digna de encomio. No mucho después, Basíldes, habiéndole exigido juramento de sus compañeros de milicia por cierto motivo, aseguraba que en modo alguno le estaba permitido jurar, porque era cristiano y lo proclamaba públicamente. Al principio, durante algún tiempo, creyeron que bromeaba, pero como él se oponía obstinadamente, lo condujeron al juez; y también ante él proclamó su resistencia y fue arrojado en prisiones.

Cuando los hermanos en Dios se llegaron a él y trataron de informarse de la causa de esta repentina y maravillosa decisión, cuéntase que dijo que Potamiena se le había aparecido durante la noche, tres días después de su martirio, le había ceñido la cabeza con una corona y le había dicho que ella había pedido al Señor gracia por él, que había obtenido lo pedido y que no tardando mucho lo tomaría consigo. Ante esto los hermanos le impartieron el sello del Señor, y al día siguiente, después de brillar en el testimonio del Señor, fue decapitado.

Durante la primera gran persecución del ultraconservador Decio, en Egipto fueron condenados a muerte algunos soldados, cuyo martirio describe Eusebio (*HE* 6.41.22-23).

Todo un piquete de soldados: Ammón, Zenón, Tolomeo, e Ingenes, y con ellos un anciano, Teófilo, se hallaba de pie delante del tribunal. Se estaba juzgando a un hombre por ser cristiano, y cuando ya se iba inclinando hacia la apostasía, aquellos, que estaban presentes, empezaron a rechinar los dientes y hacían señas con la cabeza y extendían las manos y gesticulaban con todo el cuerpo.

Todos se volvieron hacia ellos, y entonces, antes de que los prendieran por otros motivos, ellos mismos se adelantaron corriendo hacia el estrado, diciendo que eran cristianos, por lo que tanto el gobernador como sus asesores se llenaron de miedo y parecía que, mientras los reos se mostraban animadísimos para lo que iban a padecer, los jueces estaban acobardados. Y así aquellos soldados salieron en triunfo del tribunal rebosantes de gozo por su testimonio: Dios los hacía triunfar gloriosamente.

El militar Marino fue martirizado en época de Galieno (Eus. *HE*. 7,15):

Por estos años, a pesar de que en todas partes las iglesias tenían paz, en Cesarea de Palestina fue decapitado por haber dado testimonio de Cristo un tal Ma-

¹ El fundador del montanismo fue Montano, que vivió en la segunda mitad del siglo II. Negaba la posibilidad de justificación para quien hubiera cometido pecado mortal, rechazaba las segundas nupcias y exigía ayunos muy rigurosos. El principal defensor de esta doctrina en África fue Tertuliano.

rino, que pertenecía a los altos cargos del ejército y se distinguía por su linaje y riquezas. La causa fue la siguiente:

Entre los romanos hay una insignia de honor: el sarmiento, y dicen que quienes lo alcanzan se convierten en centuriones. Habiendo vacante una plaza, el escalafón designaba a Marino para este ascenso. Ya estaba a punto de recibir el honor cuando se presentó ante el tribunal otro afirmando que, según las antiguas leyes, Marino no podía tomar parte en las dignidades romanas, puesto que era cristiano y no sacrificaba a los emperadores, que el cargo le correspondía a él.

Ante esto, el juez (que era Aqueo) se sintió turbado y empezó por preguntar a Marino qué pensaba él, pero cuando vio que éste insistía en confesar que era cristiano, le concedió el plazo de tres horas para que reflexionara.

Hallándose fuera del tribunal se le acercó Teotecno, obispo del lugar, y le apartó para conversar, y tomándole por la mano lo condujo a una iglesia; una vez dentro, lo plantó delante del mismo santuario y, levantándole un poco la clámide, le señaló su espada, que colgaba, a la vez que le presentaba y le contraponía la Escritura de los divinos Evangelios mandándole que entre las dos cosas escogiera la que le pareciera. Pero él, sin vacilar extendió la derecha y tomó la divina Escritura. «Mantente, pues —le dice Teotecno—, mantente aferrado a Dios y ojalá alcances, fortalecido por El, lo que has escogido. Vete en paz.»

ESCRITORES ANTIMILITARISTAS

Sin embargo, el servicio militar de estos soldados cristianos no prueba que hubiera muchos de ellos en el ejército, ni que la actitud de todos los soldados cristianos ante la milicia fuera la misma, al igual que del tratado de *De corona* de [-70—71-] Tertuliano no puede llegarse a deducir que hubiese muchos soldados cristianos en el ejército de África.

Dos grandes escritores eclesiásticos del siglo III fueron totalmente contrarios al servicio militar de los cristianos. Orígenes fue el fundador de la teología cristiana y el padre de la espiritualidad, Estuvo al frente de la escuela de Alejandría, que fue la primera universidad cristiana, fundada por Panteno, hacia el año 180, y regentada desde el 190 por Clemente de Alejandría. Conocía a fondo todo el pensamiento pagano, que intentó poner al servicio de la fe cristiana. Su obra más famosa es su libro *Contra Celso*, el autor que acusó a los cristianos de rechazar el servicio militar, como se ha indicado ya. La argumentación de Orígenes es ingeniosa (*Contra Celsum* 8.73). A la objeción de que se negaban a participar en el servicio militar, responde que los cristianos son un pueblo sacerdotal. Si los sacerdotes paganos están libres del servicio militar (como indica la ley de fundación de la colonia cesariana de Urso (Osuna, Sevilla, 44 a. C.) tampoco deben hacerlo los cristianos, que han de luchar por la prosperidad del emperador con sus oraciones. En otro párrafo (4.82) admite que no se debe poner un límite a la violencia, pero no justifica la guerra propiamente dicha. En un tercer párrafo (8.70) se refiere al deseo de poner fin a las guerras, al menos dentro del Imperio.

Orígenes, al igual que Tertuliano y que Hipólito, descarta totalmente la participación del cristiano en el ejército. Sin embargo, como escribe E. Pucciarelli, *La jerarquía de la Iglesia toleraba la presencia de cristianos en la estructura militar por el hecho de que una prohibición absoluta podía desorientar a los fieles, para los que el servicio militar era un trabajo bien remunerado, y la única fuente de ganancias. Además, no tenía intención la Iglesia de deteriorar sus relaciones con el poder civil.-Insistía la Iglesia en que los cristianos no participasen en los cultos idolátricos y en que no matasen.*

Precisamente la prohibición de matar es recordada continuamente por escritores cristianos del siglo II, como el abogado romano de origen africano Minucio Félix, en su

Octavio (30.6), que es la única apología cristiana redactada en latín durante la persecución de los cristianos.

Fustiga este autor la rapacidad de Roma: *Todo lo que los romanos ocupan, cultivan o poseen, es fruto del botín de su prepotencia. Todos los templos son producto del saqueo, de destrucciones de las ciudades, de expoliaciones de los dioses y de estragos de los sacerdotes* (125.5) y se muestra contrario a las guerras, que son la causa de todas estas destrucciones y saqueos.

Un rechazo tajante del servicio militar se lee en la obra de Hipólito de Roma, que fue el primer antipapa, opuesto a Calixto y hostil al Imperio. Murió mártir en el 235. Recientemente se ha encontrado su sepulcro en Ostia. Debía proceder de las regiones del Este del Imperio, pues manifiesta un sorprendente conocimiento de la filosofía [-71→72-] griega y de las religiones orientales. Critica en su *Comentario a Daniel* (4.92) el militarismo romano, que *recogiendo de todas las gentes los hombres más insignes, los prepara para la guerra, y los llama romanos*. La condena más radical del servicio militar se encuentra en la *Traditio Apostolica*, atribuida a Hipólito, que es una fuente importante sobre la liturgia cristiana primitiva. Fue redactada en torno a los años 215-220. Hipólito, que era un rigorista furibundo, escribe (16): *El soldado raso no matará a nadie; si recibe la orden de hacerlo, no la acatará y no prestará el juramento; si la acatara, sea expulsado*.

CIPRIANO, OBISPO DE CARTAGO

Cipriano fue discípulo de Tertuliano, al que admiraba mucho, y obispo de Cartago entre los años 250 y 258. Murió mártir en la persecución de Valeriano. Antes de dedicarse a la Iglesia fue hábil retórico y maestro de oratoria. Es importante conocer el pensamiento de Cipriano en lo referente al servicio militar de los cristianos, porque sufrió una evolución. Escribió sus obras en la feroz crisis de la anarquía militar que abarcaba la totalidad del Imperio en sus más variados aspectos y cuya importancia captó perfectamente, como demuestra su carta a Demetriano, en el otoño del 252. En otra carta a Donato (6), redactada hacia el año 259, afirma que la guerra es un homicidio legalizado: *Cuando alguno comete un homicidio, se considera un crimen; es virtud, cuando se ejecuta oficialmente*.

Cipriano condena, pues, la guerra por ser un homicidio y en su tratado *De la virtud de la paciencia* (4) la considera pecado capital: *La mano que ha tenido la eucaristía no puede mancharse con la violencia y la sangre*. En otro escrito suyo, *la plegaria del Señor* (24), vuelve a condenar tajantemente el homicidio: *quien odia al hermano es un homicida; el homicida no alcanza el reino de los cielos, ni vive con Dios... qué gran delito es éste que no puede ser cancelado ni con el bautismo de sangre; qué gran crimen, que no puede expiarse ni con el martirio*. Ya su maestro Tertuliano, en el tratado *De pudicitia* (12) sostuvo que los pecados capitales son el adulterio, el homicidio y la idolatría. Algunos escritores cristianos rechazan el servicio militar, porque además de ser pacifistas, el servicio militar llevaba consigo el peligro de que el soldado cristiano cometiera homicidio o idolatría. Esta última con ocasión de los rituales en honor del emperador o de los dioses.

Cipriano fue el autor de la Iglesia antigua que mejor describió las causas profundas de la situación. Se prohibía que el cristianismo entrase en la estructura militar, pero no se obligaba a salir del ejército al soldado que se convertía al cristianismo.

Arnobio, profesor de retórica en Sicca (África) escribió durante la gran persecución de Diocleciano y antes de la paz de la Iglesia en el 311 un panfleto feroz contra los

cultos paganos, titulado *Adversus nationes* (1.6). En él subraya la mentalidad pacifista de los cristianos, y ataca a Marte, dios de la guerra que ocasiona a la humanidad toda clase de calamidades, frase que indica una condena tajante al servicio militar y de la guerra, que son no sólo causa de pecado, sino el mismísimo pecado.

Lactancio, discípulo del anterior, era maestro de retórica latina en Nicomedia cuando Diocleciano residía en esta ciudad. Su pensamiento acerca del servicio militar experimentó una notable evolución reflejada en los escritos anteriores y posteriores a la paz concedida a la Iglesia por Constantino y Licinio. En las *Divinae Institutiones*, redactadas antes del 313, el gobierno imperial es considerado como injusto y resultado de la violencia. En *De mortibus persecutorum*, censura ferozmente a todos los emperadores que persiguieron a los cristianos. En las *Divinae constitutiones* Lactancio es profundamente antimilitarista y partidario de la no violencia. Afirma que los cristianos dan testimonio de la paz y de la reconciliación y que deben luchar por erradicar las causas de la guerra.

La incompatibilidad entre el servicio militar y el cristianismo está claramente expresada en un párrafo de esta obra (6.20.10.17), más que por peligro de idolatría, por el rechazo de la violencia. Lactancio condena todo tipo de homicidio, como los juegos de gladiadores, siguiendo a Tertuliano (*De spectaculis*) y a Cipriano (*Ad Donat.* 7). La mentalidad de Lactancio es contraria al cumplimiento del servicio militar, a causa de la justicia. El homicidio es un sacrilegio, por ser el hombre un animal sagrado:

Al justo no le es lícito ni siquiera hacer el servicio militar, porque su milicia es la justicia misma; ni podrá acusar a nadie de delito capital, desde el momento que no hay ninguna diferencia entre matar con el hierro o con la palabra, porque es el homicidio lo que se prohíbe. No es necesario hacer ninguna salvedad a este mandamiento divino: que es siempre un delito el matar a un hombre, al que Dios quiso que fuera un animal sagrado.

Precisamente por esta última idea los monjes se oponían a la muerte de los criminales y a los juegos de gladiadores.

LENTA DIFUSIÓN

Del examen minucioso de la fuentes disponibles deduce E. Gabba que el número de cristianos en el ejército en el siglo III fue limitado y que el cristianismo se difundió lentamente entre sus filas, al revés de lo que sucedió con los cultos orientales, como los de Mitra, Júpiter Dolichenus o el Sol Invictus, que estuvo a punto de convertirse en el gran dios de todo el Imperio en tiempos de Aureliano (270-275). Tampoco parece que los soldados cristianos hicieran proselitismo entre sus conmitares paganos.

Hay que recordar que el cristianismo había hecho pocos progresos en Occidente en los siglos III-IV, salvo en África. Sus doctrinas eran [-72→73-] prácticamente desconocidas en los campamentos del Rin y del Danubio. En Hispania es seguro que los soldados acuartelados en la *Legio VII Gemina* (León), durante la persecución de Decio conocían la existencia del cristianismo, ya que según la carta 67 de Cipriano, escrita en 254, había fieles en León, en Astorga y en Mérida. Además, una *vexillatio* cántabra, procedente de la *Legio VII Gemina*, en tiempo de Adriano estuvo en África acuartelada en Scilis, en una región que ya estaba cristianizada seguramente, y donde en el año 180 fueron martirizados algunos cristianos.

La difusión del cristianismo en el ejército de Britania era inexistente, aunque el primer mártir cristiano del que hay noticia en la isla sea un militar: Albanus, martirizado en *Verulamium*, quizás en la persecución de Diocleciano.

OBJETORES DE CONCIENCIA EN ÁFRICA

Se tienen noticias de varios soldados cristianos que rechazan el servicio militar en África a finales del siglo III. En 295 Maximiliano rechazó repetidas veces ante Dione, el procónsul de África, en Theveste, el servicio militar por incompatibilidad con su fe.

Es interesante señalar que el procónsul le objeta que hay soldados cristianos en los ejércitos de Diocleciano, de Maximiano, de Constantino y de Máximo, lo que indica que no todos los soldados cristianos tenían escrúpulos en servir en el ejército.

En Mauritania vivía Typasius, que había servido en el ejército a las órdenes de Diocleciano y de Maximiano. Llamado nuevamente a filas, se opuso. El comes Claudio no lo quiso castigar, pero se vio obligado a hacerlo por culpa de un tumulto militar. El centurión Marcelo, de Mauritania, en 298 rechazó el servicio militar en una fiesta imperial: *No conviene que un cristiano que teme a Cristo milite en los trabajos de este siglo*. Las actas no son auténticas.

Los motivos para rechazar el servicio militar y las subsiguientes depuraciones están claros, pues como indica E. Gabba, no se intensificó en estos años el culto al emperador. Se ha observado que se rechazaba el servicio militar en determinadas ocasiones.

El gran historiador de Diocleciano, W. Seston, defendía que este rechazo era una forma de antimilitarismo y los considera casos aislados de indisciplina. Según este investigador galo, Maximiliano rechazaría el sacramento de la milicia como acto religioso. Recuerda Seston a este respecto el caso del soldado cristiano Iulius de Dorostorum, que sirvió en los ejércitos durante veinte años y que en el año 320 rechazó la gratificación de los *decennalia Caesarum*. Para W. Seston el rechazo de los soldados cristianos al servicio militar, a finales del siglo III, sería el fruto de la propaganda antirromana de la Persia sasánida a través de los maniqueos, muy numerosos en África. Como puntualiza E. Gabba, en los casos de Marcelo, de Typasius y de Maximiliano, hay una verdadera incompatibilidad entre la fe cristiana y el servicio militar, al igual que en el soldado, al que se refiere el *De corona* de Tertuliano.

Es probable que el rechazo se hiciera por parte de los soldados cristianos en una ocasión solemne, como en el caso de Fabio, que rechazó [-73→74-] llevar el *vexillum* con las imágenes imperiales en la reunión del consejo de la provincia, donde el *praeses* leía el documento imperial contra los cristianos en 304. Casos similares son los de los soldados cristianos, Genesio de Arelate y Martín de Tours.

También duda mucho E. Gabba que los casos citados de soldados mártires africanos haya que relacionarlos con el edicto contra los maniqueos del 297, como indica W. Seston, ya que el edicto va directamente contra las religiones extranjeras, y se promulgó en el momento de la guerra contra Persia. El investigador italiano se inclina más bien a creer que los citados objetores de conciencia africanos siguen los motivos rigoristas de Tertuliano, que son en origen, pero no exclusivamente, montanistas.

El martirio de la legión Tebana se conoce por la narración de Eugenio, obispo del siglo V y por una narración anónima, bien estudiada por Van Berchen. Pero no puede, según E. Gabba, aducirse como prueba de la presencia de los cristianos en el ejército de Diocleciano, pues depende del martirio de S. Maurio de Apamea, sacrificado con 70 compañeros. Como agudamente sugiere E. Gabba, este documento probaría el cambio en la mentalidad durante el siglo IV, cuando el Imperio se hizo cristiano, pues los soldados cristianos rechazaban ir contra los cristianos y pedían luchar contra los enemigos.

E. Pucciarelli ha hecho un impresionante catálogo de mártires soldados, prescindiendo de su historicidad; este hecho demostraría que no estaba generalizada la incom-

patibilidad entre servicio militar y cristianismo, y que existían más soldados cristianos en Oriente.

H. Delehaye, seguido por E. Gabba, opina que la difusión de tantos santos militares en la hagiografía griega responde al deseo de las poblaciones de conocer a los santos, a los que pedían su intercesión, y que los santos soldados eran más populares.

El historiador italiano añade la importante consideración de que el culto a los santos militares ha estado influido por el simbolismo de la *Milicia Christi*.

La influencia de la terminología militar en el cristianismo primitivo fue grande, principalmente a través de Tertuliano, hijo de un centurión. Esta terminología militar comienza con San Pablo, con Clemente Romano y con San Ignacio de Antioquía en el siglo II.

DEPURACIÓN DE SOLDADOS CRISTIANOS

Sobre la depuración de soldados cristianos en el ejército romano, que tuvo lugar antes de la gran persecución del 303, existen tres fuentes que culpan de la persecución a Galerio.

Eusebio (*HE.* 8.2.2-4) la describe en los siguientes términos:

Y no atacó de golpe con una guerra contra nosotros, sino que todavía probó solamente con los que estaban en las legiones, pues de este modo pensaba que atraparía más fácilmente también a los demás si primero salía victorioso en la lucha contra aquéllos. Era de ver entonces a gran número de soldados abrazar contentísimos la vida civil y evitar así convertirse en negadores a su religión para con el Hacedor de todas las cosas.

Efectivamente, así que el general del ejército —quienquiera que entonces fuese— emprendió la persecución contra las tropas y se dio a clasificar y depurar a los funcionarios militares, como diera a escoger entre seguir gozando de la graduación que les correspondía, si obedecían, o verse, por el contrario, privados de la misma, si se oponían a las órdenes, muchísimos soldados del reino de Cristo, sin vacilar, prefirieron la confesión de Cristo a la gloria aparente y al bienestar que poseían.

En ese momento era raro que uno o dos de éstos recibieran no sólo la pérdida de su graduación, sino también la muerte a cambio de su piadosa resistencia, pues por entonces el urdidor de la conspiración todavía guardaba cierta moderación y osaba aventurarse solamente hasta algún que otro derramamiento de sangre, ya que todavía le asustaba, según parece, la muchedumbre de los fieles y aún vacilaba en desatar una guerra contra todos a la vez.

El *Chronicon* de Jerónimo puntualiza que Veturius, *magister militum*, empezó la persecución, y la fecha en el año 298.

Lactancio en su *De morte persecutorum* (10. 1-5) presenta otra versión de la depuración. El responsable sería Diocleciano, enfadado porque no pudo obtener augurios debido a la presencia de cristianos en un acto religioso en el año 301. El emperador obligó a todo el mundo a sacrificar. Los soldados que no lo hiciesen, serían despedidos del ejército. Según este autor la depuración alcanzó a todo el ejército. Según Eusebio, sólo a la oficialidad. Hoy día se prefiere la fecha del 298 a la del 301.

Fabio, portador del *vexillum* del *praeses provinciae*, al que ya se ha aludido, se negó a llevarlo en una solemnidad y proclamó la incompatibilidad entre su fe cristiana y el servicio en el ejército, en Cesarea Marítima, hacia 299. En 298 fue martirizado Casiano, el notario del tribunal militar de Aurelio Agricolano, en Tánger, por haberse ne-

gado a registrar la injusta condena a muerte del centurión Marcelo. En la Galia, entre los años 286 y 288 fueron sacrificados Mauricio y otros soldados por orden de Maximiano, por negarse a combatir contra los bagaudas, debido a que en sus filas militaban seguidores de la religión cristiana.

Se conservan testimonios de otros soldados que abandonaron el ejército para dedicarse al ascetismo, como el centurión Gordio de Capadocia, martirizado bajo Maximiano, en cuyo honor predicó Basilio. El soldado Tarraco, ya licenciado hacia el 304, en Anazarbo de Sicilia, fue martirizado por negarse a sacrificar a los dioses. Entre los años 297-298, fue martirizado en Tigava, [-74→75(illustración→76-)] Mauritania Cesariense, el citado soldado Tipasio, que, licenciado, se dedicaba a la vida ascética, y que se negó bajo Maximiano a alistarse de nuevo para luchar contra los moros. Se negó a recibir un donativo y fue encarcelado. Maximiano le concedió la libertad, lo que le permitía volver a la vida ascética. En 303 se le llamó nuevamente a filas. Tipasio se negó a hacerlo y a sacrificar a los dioses, por lo que fue ajusticiado.

En Calagurris, Hispania, fueron martirizados los soldados Emeterio y Celedonio porque se negaron a ofrecer sacrificios a los ídolos. El poeta hispano Prudencio compuso en su honor el *I Himno*.

El ejército que capitaneaba Constantino contra Majencio era en gran parte pagano (Liban. 30.3, Zosim. 2.29.5) y lo siguió siendo en los años siguientes, como se deduce también de las plegarias que Licinio obligó a hacer al ejército de Constantino en 313.

Eusebio (*HE* 10.8.10) refiere que Licinio obligó años después a sacrificar a los soldados, si no querían perder la graduación; está en la línea de la política seguida por Diocleciano. Un documento importante son las Actas de S. Theágenes, muy parecidas a las de Maximiliano, que se negó a ser soldado ante Licinio:

Yo soy cristiano y milito bajo las órdenes del rey eterno. Soy su soldado, su siervo y no puedo militar bajo otros reyes. El tribuno Zelicincio je dijo a Theágenes: coge el manto, el balteo, la armadura y milita para el gran rey Licinio. Theágenes respondió: Milito para mi rey, y no puedo militar para otros. Zelicincio objetó: ¿No crees que Licinio es tu rey? Theágenes contestó: No sé. Yo soy cristiano y no me está permitido renegar de mi señor; Zelicincio le dijo: Estos que están presentes, ¿no son cristianos y militan también en el ejército? Theágenes contestó: Cada uno sabe cómo milita: yo también sé por qué rey y soberano milito.

Otro mártir soldado del tiempo de Licinio fue Marcelino, nacido en Tiro y ejecutado en Tomis, ciudad del mar Egeo. Se conocen los nombres de otros soldados que fueron martirizados, como Nereo y Aquileo.

POLÍTICA DE JULIANO

A partir de estos años las creencias religiosas de los soldados no desempeñaron un papel importante. El ejército compuesto de paganos y de algunos cristianos era fiel al emperador. Coexistían tranquilamente en el ejército las dos religiones. A finales del siglo IV, e incluso antes, había una oposición contra la barbarización del ejército, que aparece en historiadores, como Ammiano Marcelino, amigo de Juliano, el mayor historiador del Bajo Imperio; en el epitomista Aurelio Víctor, e incluso en autores cristianos, como Lactancio y S. Jerónimo.

Con la llegada al poder de emperadores cristianos la posición de la Iglesia respecto a la licitud del servicio militar cambió totalmente.

En el siglo IV, el ejército continuó siendo en gran parte pagano y en la segunda mitad del siglo admitió muchos reclutas bárbaros, que eran indiferentes a la religión.

El ejército galo, que mandaba Juliano, era en su mayor parte pagano. En Oriente había más soldados cristianos, pues la zona estaba más cristianizada.

Juliano intentó convertir al paganismo a los soldados cristianos. Casi todo el mundo sacrificó a los dioses, como indica Agustín (*enarr in psalmos* 124.7) y Gregorio Nacianceno (*Orat.* 4.64-65. 82-84). Según el historiador eclesiástico Zosomeno (*HE.* 5.17.8), abogado de Constantinopla, se distribuyó el donativo y en un banquete que siguió a este acto algunos oficiales se arrepintieron y devolvieron el donativo a Juliano, que los despidió. Gregorio Nacianceno (*Orat.* 4), amigo de S. Basilio, y obispo de Constantinopla, describe bien esta depuración de oficiales cristianos del ejército:

Cristianos, cristianos somos con ánimo. Escúchenlo todos los mortales y por encima de ellos, Dios, en quien vivimos y morimos. La fe nos ha sido dada por ti, Cristo Salvador. No la rechazamos. No abjuramos de nuestras santas creencias. Si en alguna ocasión la mano pecó, la mente ciertamente no la sigue. Sorprendidos por el engaño del emperador, no seremos manchados por su oro. Huyamos de la impiedad, aunque lo paguemos con sangre...

No aceptamos tus regalos, emperador, aunque nos condenes a muerte; no seamos llamados a los honores, sino degradados a la ignominia. Da ese beneficio a tus soldados; nosotros inmolábamos a Cristo, a cuyo único imperio estamos sujetos.

Entonces Juliano destierra a estos soldados, porque no quiere hacer mártires.

Joviano, Valentiniano y Valente, sin embargo, los futuros emperadores, no fueron depuestos. Otros fueron condenados por criticar la política imperial en este aspecto, como Joventino y Maximinio.

Después de la muerte de Juliano, acaecida en 363, la cristianización del ejército fue rápida. Pronto los bárbaros se cristianizaron, como los visigodos, y sirvieron como federados.

En el siglo IV la Iglesia introdujo la costumbre en sus oraciones de pedir por el ejército.

BIBLIOGRAFÍA

- Bainton, R. H., "The Early Church and the War", *Harvard Theological Review* 39, 146.
- Cadoux. C. J.: *The Early Church and the World. A History of the Christian Attitude lo pagan Society and the State down to the Time of Constantine*, Edimburgo, 1955.
- Gabba, E.: *I Cristiani nell'esercito romano del quarto secolo de C. Per la storia dell'esercito romano in età imperiale*. Bologna, 1977.
- Harnach von, A., *Militia Cristi. Die christliche Religion und der Soldatenland in den ersten drei Jahrhunderten*, Darmstadt, 1963.
- Pucciarelli, E.: *I Cristiani e el servizio militare. Testimonianze dei primi tre secoli*, Florencia, 1987.